

## XI

### EL MITO. — RESPONSABILIDADES DE ULTRA TUMBA

No es, pues, una fábula o ficción alegórica, que otra cosa no significa *Mito*, la personalidad política e histórica de Artigas; no se trata de un ni-

belungo, ni de un Guillermo Tell, sino de una vida cercana cuyos rasgos indelebles no han de esfumarse como las glorias efímeras.

Y si por *Mito* ha querido significarse espíritu indescifrable para el crítico más experto, inteligencia de planes o proyectos complejos, mentalidad tenebrosa o naturaleza psíquica llena de obscuridades y misterios, a la que fuera inútil aplicar el psicómetro si existiera, ni así mismo sería aceptable el vocablo por lo que respecto a su temperamento moral el propio historiador Mitre ha afirmado en juicios anteriores, y de los que se desprende que todos los actos del caudillo fueron de una perfecta unidad, y que si encubría su pensamiento, lo era siempre en prosecución de un propósito fijo, invariable y ferviente.

Si por ello era “hipócrita”, o sea simulador de ideas o sentimientos para engañar a sus enemigos superiores en número, armas y tesoros, cuántos hipócritas entre estos últimos surgirían en las páginas de la historia ríoplatense! La zona que Dante destina a este género de pecadores, sería estrecha para recibirlos.

No solamente Artigas era “hipócrita” para el analista: “no tenía conciencia del bien y del mal”. No obstante eso: “no era cruel, no mató un hombre, sabía imponerse y hacerse respetar. Con todo,

dejaba que otros fueran “crueles”.

Este género de argumentación, suscita de un modo espontáneo réplicas que en el fondo resultan protestas contra la poca equidad evidente en la apreciación de personajes y sucesos.

¿Es justo aplicar las disposiciones del código penal dictado para una nación civilizada, a los individuos de una tribu salvaje? Seguramente, no.

Y, por simple analogía, ¿es justo lanzar fallos absolutos de flagelación moral y de condenación histórica contra quienes, según esos jueces inexorables, carecen por completo de “conciencia del bien y del mal”, después de haber reconocido que luchaban ante todo y sobre todo por la independencia de su país?

Los que carecen de “conciencia del bien y del mal”, ¿no caen en la categoría de “irresponsables” por el hecho, y aún por la sanción jurídica?

Si esto es a lo que se ha querido reducir la personalidad de Artigas como representante de una semi-barbarie, o de una barbarie entera, entonces ¿cómo descargar sobre él tan rígidas censuras e inapelables fallos tratándose de un irresponsable ante la moral social y ante la excepción de la ley?

Según esas finalidades de juicio, Artigas hu-

bo necesidad de un curador, y no le alcanzan los rigorismos penales del derecho.

De cómo, pues, una entidad plasmo de su pueblo y de su época; que sabía adonde iba y por qué iba; que fué de una singular unidad en su vida y en sus actos; que nunca se apartó una línea de su plan preconcebido; que no era cruel ni hubo iracundia en su temperamento excepcional; que nunca mató un hombre; que fué el Rómulo y el fundador de una nación; y por último, que en definitiva *es hoy una especie de "Mito" del que todos hablan y ninguno conoce y cuyo significado histórico es más complejo de lo que a primera vista parece*; — todo esto en concepto del ilustre Mitre, — llega a ser, según el mismo crítico y filósofo, un personaje que no tenía conciencia del bien y del mal, un semi-bárbaro que no aspiraba más que a un predominio excluyente en su tierra y en su raza, como si de esa naturaleza y de ese sistema no hubiesen sido fatal e imperiosamente los próceros que fundaron nacionalidades, proceros de gran carácter, de un valor superior al de las bravuras que los secundaban, y de una absorbencia personal indispensable para modelar la masa que había de constituir sus pueblos.

De todo lo que queda dicho hasta aquí por el

historiador Mitre, autoridad reconocida por sus eximias cualidades de inteligencia, de cultura y de carácter que siempre hemos respetado, sólo hacemos caudal en este mero comentario de su opinión definitiva acerca de la idea que abrigó Artigas en la defensa prolongada de su país de origen.

Como él, creemos que fué el fundador de su independencia, y su familia el árbol genealógico de su población. Explícase así el éxodo, efecto de profundas afinidades.

El sentimiento de “independencia” que se incubaba a fuerza de perseverancia, de obstinación, de combate, y que va pasando por diversos grados de pruebas durante años consecutivos, cobra cuerpo y desarrollo, cualquiera que sea el esfuerzo puesto para dominarlo en sus comienzos. Si se le somete por la violencia, no se hace otra cosa que ponderarlo y acrecerlo.

En este género de independencia de hecho, fruto de obra lenta y a veces silenciosa que intensifica las energías que renacen o las aumenta, sea bien o mal inspirada, se forma de manera paulatina un espíritu nacional que prepondera al fin. Cesa de ser el territorio en que se realiza una simple expresión geográfica, y llega, a pesar de todas las presiones y desventuras, a nonagenaria...

Aun admitido que no hubiese en Artigas facultad creadora de estadista, ni que hubiera sido su intento fundar nacionalidad nueva, el hecho prevalente es que ésta existe; pero suprímase al caudillo y su escenario de luchas, y ella no habría nacido. Sustraídos de su historia sus prodromos de nueve años de batalla, no hubiera multiplicado diez veces esa cifra de vida independiente.

En esta forma y sentido libre de recriminaciones, puede aceptarse el juicio del historiador, y de los que como él lo sustentan.

¿Asimismo, continuará el prócer siendo un *mito*?

Piénsese lo que se quiera, aunque Artigas no hubiera manifestado jamás que su intento era emancipar su país de todo poder extraño, su actitud invariable, sus actos públicos y privados, sus empeñamientos y crudas guerras “crearon la costumbre de la independencia y la hicieron prevalecer”.

Añádase todo lo que hubiere menester a esta anticrítica, y habrán de coincidir las opiniones imparciales en que Artigas fué un hombre responsable en todas sus fases de pensamiento y de acción, que fué bueno, que fué inspirado, que fué patriota.

Ya que esa conciencia parece hecha entre los uru-

guayos, ellos han de propender a robustecerla y conservarla incólume, pues si Artigas hubiese sido un *mito*, una ficción, el adalid de un cuento heroico, habría sido necesario crearlo, como lo dijo Carlos María Ramírez, vestirlo de carne y huesos, a fin de que su pueblo sepa que tiene una tradición real y propia que venerar y no un fantasma forjado para cubrir el vacío de los primordios de su historia.

También Guevara Rojas, refiriéndose a Bolívar, dijo un día con elocuencia: a la vez que la revolución encontraba su caudillo, y la idea de la independencia el verbo que la encarnase, quedaba iniciado, entre nosotros, el culto del héroe, interesante fenómeno de una gran importancia sociológica. La filosofía de la historia nos enseña que ningún pueblo digno ha podido vivir, en ninguna época, sin el culto del heroísmo. Ignoramos a qué misteriosos fines responde esa tendencia casi instintiva de la humanidad, pero es tan universal e irresistible, que cuando faltan los héroes auténticos, el pueblo acaba siempre por forjarse alguno, ante cuya imagen, aunque sea hecha de remiendos, acuden a prosternarse las multitudes. Es probable que ese fenómeno tenga sus raíces en esas profundidades del ser, donde se elaboran los arcanos designios de la especie.”

Sígase creyendo, pues, firmemente, en la existencia real, a la vez que de patriótico denuedo y sacrificio del emancipador Artigas. Si fué un arcano, éste se reveló en las proyecciones de su obra y de su acción personalísima. Todas las grandes energías de que estuvo dotado quedaron en su tierra y constituyeron la fibra nacional.

De esto pudo él persuadirse en el fondo de su ostracismo, donde hacía práctica de virtudes ejemplares, y le sobrevino la muerte pasada toda una generación, o sea treinta años después de su última batalla.

Su consagración histórica no será una ficción en obelisco, sino una verdad en bronce. Déjese de ello perpétua constancia.

**Eduardo Acevedo Díaz.**